

**DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR (B)**  
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**  
**25 de marzo de 2018**  
**Is 50, 4-7; Fil 2, 6-11; Mc 14, 1-15, 47**

*A la media tarde, Jesús clamó con voz potente: " Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". Después, dando un fuerte grito, expiró, clavado en la cruz, en medio de dos ladrones, desnudo, humillado, en la máxima soledad. La visión de esta escena dramática suscita, sin embargo, hermanos y hermanas, la fe del centurión que dice: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.*

Jesús muere como un criminal, solo y *con la tristeza en el alma*, vencido por el castigo macabro de la cruz. La crucifixión era la pena de muerte que los romanos infligían contra quienes desafiaban el orden y el poder constituido. No sólo era un castigo ejemplar para quien la sufría sino que también tenía la finalidad de ser un escarmiento para que nadie osara hacer lo mismo. Y es ante este condenado, exhausto y desfigurado por los sufrimientos de la pasión, que el centurión romano descubre el *Hijo de Dios*.

¿Cómo puede ser que Dios se muestre tan frágil en Jesús, en el creador de todo, el Señor del universo (Gén 1, 1; Ag 1, 2)? ¿Si sacó con mano fuerte y brazo extendido el pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto *en medio de señales y prodigios* (Dt 26, 8)? Dios es frágil porque, por amor, ha dispuesto que Jesús llevara sobre sí nuestras fragilidades, las de toda la humanidad, para liberarnos de ellas.

También desde el punto de vista de la religión judía, la crucifixión de Jesús era vista como un descrédito, porque todo crucificado era considerado como un maldito de Dios. Lo dice, efectivamente, la Escritura: *todo hombre colgado de un madero es un maldito de Dios* (Dt 21, 2). ¿Cómo puede ser que Jesús, sea *un maldito de Dios*? Porque Dios le puso encima la maldición que merece todo el mal del mundo para que la transforme en bendición a favor de toda la humanidad. San Pablo lo dice así: Dios, *al que no conocía pecado, lo hizo pecado a favor nuestro, par que nosotros llegásemos a ser justicia de Dios en él* (2Cor 5, 21).

Sí. El misterio de la cruz de Jesús cuestiona todas las concepciones religiosas. Por eso San Pablo podrá decir, en otro lugar, que *nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles* (1Cor 1, 23).

Dios paradójicamente muestra su debilidad y su fuerza en la cruz. *La necedad y la debilidad de Dios* es para los cristianos, *poder y sabiduría de Dios* (1Cor 1, 25). Hasta el punto de que la *necedad y la debilidad de Dios* que encontramos en la cruz de Jesús, nos hacen reinterpretar la imagen del Dios verdadero, que es fuerte en la debilidad, que muestra su fuerza en la cruz, que muestra una *sabiduría* superior a la sabiduría humana. La crucifixión de Jesús es la gran manifestación de Dios, que nos enseña su manera de ser y la forma en que nosotros tenemos que vivir y actuar. La cruz echa por tierra todas las expectativas humanas que esperarían que Dios se manifestara con signos creíbles de poder y con argumentos persuasivos de grandes razonamientos llenos de sabiduría humana. Y no es así. La gran manifestación de Dios y la gran sabiduría de Dios es Jesús crucificado, *escándalo* para unos debido a su impotencia y del castigo ejemplar al que fue condenado. Y *necedad* para los demás porque de un ejecutado en la cruz no puede salir ningún sabiduría elocuente ni ningún proyecto de futuro. A los ojos de mucha gente, la debilidad es vista como algo inútil, de la que no puede salir ningún bien: se necesita la fuerza y el poder, son necesarios el prestigio y la elocuencia. Y, en cambio, Dios nos muestra su sabiduría y su fuerza en

la cruz de Jesús. Por ello, con el centurión, los cristianos testimoniamos que *este hombre crucificado es Hijo de Dios*.

La estulticia y la debilidad de Jesús en la cruz son el signo de una realidad nueva, que revela Dios de una manera inaudita. Ya no podemos buscar a Dios en la lejanía del Olimpo, ni en las imágenes filosóficas que se han hecho. La búsqueda de Dios, del único Dios que hay, tiene que pasar por el Cristo crucificado. Él es el criterio definitivo para encontrar a Dios (cf. J. Tolentino Mendonça, *la fragilidad di Dio: EL ORO*, 22-23.1.2018, p. 4). Por esta razón, todos los crucificados del mundo, todos los que sufren de una manera u otra, todos los que malviven en la pobreza y la marginación, todos los que están confinados en campos de refugiados o en prisiones, quienes atraviesan el Mediterráneo con pateras, todos estos y los que se les pueden equiparar son camino hacia Dios porque Cristo se une a ellos compartiendo su cruz.

La pasión según San Marcos proclamada hoy muestra que la paradoja de la cruz suscita la fe en Jesús y ofrece la clave de interpretación de la historia.

El cuerpo de Jesús, lleno de heridas por los azotes y la crucifixión y exhausto después de expirar, prepara la construcción del *templo no hecho por manos de hombre*, que será su cuerpo resucitado, tal como él había anunciado y que, según que hemos podido oír, había servido como una de las acusaciones para su condena. Este nuevo *templo* espiritual pondrá fin al templo de piedra que había en Jerusalén. Por eso, como decía el evangelista, en el momento que Jesús expiró, *El velo del templo de Jerusalén se rasgó en dos, de arriba abajo*. Desde aquel momento el núcleo más sagrado del templo, el Santo de los Santos, quedó abierto como símbolo de que todo el mundo, todos los pueblos, tienen acceso libre a Dios. Desde la muerte y la resurrección de Jesús, el Santo de los Santos es su cuerpo glorificado. Porque *es Hijo de Dios*.

La pasión de Jesús se hace sacramentalmente presente en la Eucaristía que él instituyó al inicio de su camino de entrega a la pasión y la muerte. En la celebración eucarística, tenemos acceso al nuevo Santo de los Santos: el cuerpo y la sangre del *Hijo de Dios* crucificado y entregado a la Iglesia para la salvación del mundo.